

Cuestión de palabras

Ángel González

Luis García Montero

CONVERSACIÓN ENTRE LUIS GARCÍA MONTERO Y ÁNGEL GONZÁLEZ SOBRE EL APRENDIZAJE POÉTICO

Luis García Montero: Cuando afirmamos que todo escritor fue antes un lector, decimos muchas cosas, por lo menos mucho más que una simple confesión de amor a la lectura. El lector vive con los libros y en los libros, extiende su vida, protagoniza sin levantarse de su butaca experiencias de amor, odio, miedo, indignación, piedad. Pero se trata de una extensión flexible, en la que el autor modela el destino de sus argumentos y el lector participa, acude a la cita con sus propios deseos y su mirada personal. En este sentido, la literatura, y la poesía de un modo mucho más específico, suponen un ajuste de cuentas con la realidad, una forma de elaborar ilusiones pisoteadas. Tu poesía es un buen ejemplo, tanto al aludir a una situación histórica concreta como cuando te implicas en tu intimidad.

Ángel González: Ese sentimiento lo he tenido, lo he vivido de forma muy acentuada, con mi propia carne, y lo he asumido también de manera teórica. Las palabras nunca son inútiles, y eso se debe a su capacidad para iluminar la realidad, para ajustar cuentas con ella. Si las palabras cumplen bien su tarea y están bien elaboradas, pueden iluminar la realidad, y eso implica siempre una transformación del mundo, la sugerencia de que un final puede ser distinto, o de que la historia pasa factura. Al llegar al fondo de las cosas, al levantarle la piel a la superficie, la poesía deja desnuda la realidad, la ilumina y provoca una meditación. Sigo creyendo en la utilidad de la poesía y de las palabras. Aunque en los

años interminables del franquismo escribí sobre la inutilidad de las palabras, cansado de que nada cambiase, después he vuelto a defender su utilidad. Es cierto que el debilitamiento de las propias ideas y las desilusiones de la propia experiencia, obliga a veces a poner en duda la eficacia de las palabras. Pero si uno se aleja de la biografía inmediata, comprende uno que el conocimiento poético se basa en una iluminación, en una transformación, del mundo.

LGM: Y a veces en un refugio. Cuando releo tu primer libro, *Áspero mundo*, percibo una necesidad de refugiarse en la vida y en las fuerzas de la vida contra la realidad hostil de la posguerra. Eso aparece en los argumentos gracias a los días de sol y a las ilusiones amorosas, pero afecta también a la necesidad misma de la poesía, como ámbito de la conciencia en el que se puede establecer una relación propia y noble con la vida. Te imagino de niño en medio de la Revolución de Octubre, de la Guerra Civil, de la represión asfixiante de los vencedores, dentro de una familia de derrotados.

A.G: Así era. De hecho, durante la Guerra, mientras estábamos esperando la llegada del ejército republicano, mis amigos y yo nos entreteníamos escribiendo pequeños cuentos. Me hice amigo de los hermanos Taibo, que vivían muy cerca de la casa en la que yo estaba refugiado. La literatura sirvió incluso de prueba para darme la bienvenida en su grupo. La primera vez que fui a su casa me leyeron en alto una página muy subida de tono, muy erótica, de una versión de las *Mil y una noches*, para espiar mi reacción. Al ver que no me escandalizaba, me dieron la bienvenida, me consideraron de los suyos. Después trabamos amistad con Manolo Lombardero, que trabajaba en la Librería Cervantes, nos facilitaba libros, y la literatura se convirtió en una forma decente para hacer más habitable aquel tiempo. Pero conviene recordar que eso fue posible, por lo menos para mí, porque yo había vivido antes de la Guerra en un mundo en el que lo único que reinaba era la fe en la cultura y en la educación. Mi padre era un pedagogo republicano, mi madre era hija de un profesor liberal, director de la Escuela Normal de Oviedo, mi hermana era maestra. Los libros de matemáticas se mezclaban con los de literatura. La imaginación

creativa se encuentra incluso en los diccionarios y las enciclopedias. En casa teníamos la enciclopedia Espasa. Algunas entradas, como la que se dedica a la *Bicicleta*, son una obra maestra de la imaginación literaria.

L.G.M: El respeto familiar por la cultura facilita que después encauce uno su propia rebeldía y su independencia a través de los libros. Ya sabes que yo considero responsable de mi afición a la poesía a un paisano tuyo, el viejo irónico y chapucero Campoamor, que era uno de los poetas preferidos de mi padre. Le gustaba leernos en alto «El tren expreso». Los versos se me hicieron cercanos, y luego yo encaucé en los versos la necesidad de romper con el franquismo y con las ideas políticas de mi padre. Algunos poetas abren huecos, que después son ocupados con otras voces. En mi caso, pasé a Federico García Lorca, y luego a Blas de Otero.

A. G: Yo leí de manera sistemática a Juan Ramón, sobre todo la *Segunda antología*. Fue el poeta que marcó mi primer aprendizaje serio, cuando empezaba a tener clara mi inevitable dedicación a la poesía. Juan Ramón resumía todo lo que yo había leído en mi adolescencia, mantenía los tonos románticos, la herencia modernista, pero transformaba esa herencia en nuevos caminos, en un simbolismo más sugerente que retórico. Como lector de Juan Ramón, viví en mi juventud la verdad de un aforismo suyo que me gusta repetir: «quien escribe como se habla irá más lejos que quien escribe como se escribe». Después necesité profundizar más este acercamiento a la palabra hablada, porque me pareció que la depuración de Juan Ramón, y sus pretensiones filosóficas en el vocabulario, limitaban mucho el camino. Pero fue, desde luego, mi primer maestro irresistible.

L.G.M: Los primeros maestros son siempre irresistibles. Para hacer su trabajo necesitan casi convertirse en una posesión demoníaca en el terreno de las apetencias literarias. García Lorca cumplió en mi caso el papel de maestro de ceremonias en el magisterio. Como soy de Granada, Lorca era una presencia no sólo poética, sino también histórica. Para mi generación, crecer y apostar por la libertad significaba recuperar la ciudad que había quedado borrada por la Guerra Civil, la ciudad libre encarnada por Lorca, la ciudad que había desaparecido con su eje-

cución. De adolescente me gustaba pasear por los alrededores de la casa de la familia Lorca, la Huerta de San Vicente. Estaba cerrada, pero yo imaginaba que en cualquier momento se iban a abrir las ventanas y el poeta iba a salir al balcón. Mis primeros poemas están llenos de temas lorquianos, de metáforas lorquianas. Después he comprendido que esta posesión estilística resulta muy útil, porque es un esbozo de primera conciencia crítica. Me parecía poético lo que sonaba a Lorca, y rechazaba lo que no me sonaba a Lorca. Fue un modo de aprender que escribir es elegir, igual que leer.

A.G: Casi todos los jóvenes de mi generación pudimos leer a los poetas del 27 en la Antología de Gerardo Diego. Entonces era difícil encontrar a los poetas que representaban una cultura distinta a la del franquismo. Ni los muertos, ni los exiliados tenían un acomodo fácil en las librerías. Yo tuve la suerte de encontrar la Antología en casa de Paco Ignacio Taibo, porque su tío Ignacio Lavilla, pintor y periodista en el diario *Avance*, había sido amigo suyo. Fue muy importante conocer la poesía popular de García Lorca, la lectura que todos hacían de Juan Ramón, pero también fue importante conocer la evolución de Lorca, de Alberti, de Cernuda. Alcancé pronto a descubrir los primeros poemas políticos de Alberti. Mucho menos nos gustó descubrir la evolución de Gerardo Diego, poeta al que admirábamos. Fue una consternación leer sus versos en apoyo del golpe militar, que además trataban directamente de Oviedo. Pero la verdad es que la Antología de Gerardo Diego significó un repertorio de modelos muy importantes a la hora de empezar a escribir. Al que descubrí, sin embargo, más tarde, fue a uno de los poetas que más cerca siento: a Antonio Machado. Creo que Machado es uno de los poetas más rupturistas de nuestra tradición, aunque su ruptura haya sido poco espectacular, porque no se apoyó en la superstición de lo nuevo. Tanto en prosa como en verso, me parece uno de los escritores más penetrantes de su tiempo. Y penetrante fue su deseo de superar el simbolismo, haciendo posible de verdad el acercamiento del poema a la vida.

L.G.M: Escribir es elegir una tradición. Me interesan más los poetas que establecen su diálogo y su ruptura en la tradición, es

decir, en la historia de la poesía, que en la actualidad de las noticias literarias coyunturales. Lo aparatoso en poesía, como ocurre con los electrodomésticos o los modelos novísimos de ordenador, envejece pronto. La lección de los maestros establece el diálogo, y los deseos de ruptura, en la tradición, en ese fluido que va más allá de lo noticioso, o de los juegos estrechos de las lecturas generacionales, que quieren parcelar la historia de la poesía en cortes de quince años, como si se tratase de una urbanización de casitas adosadas.

A.G: Antonio Machado es mi ejemplo de lectura con la tradición. Vuelvo mucho a él. Después de las tormentas, las alteraciones, las noticias pasajeras, Machado sigue demostrando la validez sólida de una poesía que se acerca a la vida y que nos convence de la utilidad de las palabras. La realidad se llena de significación, las descripciones más sencillas se cargan de emoción y de sentido.

L.G.M: La lectura de los maestros, de los grandes nombres, resulta fundamental. No hay mayor tontería que el deseo de ser original a través del desconocimiento de la tradición. Pero a veces resulta también muy útil el ejemplo de los hermanos mayores, de los poetas en activo, que no pertenecen todavía a la Historia Literaria con mayúscula, pero que ya tienen una voz hecha. Los hermanos mayores mezclan el magisterio con la cercanía, viven nuestro propio tiempo, y son una ventana abierta al mundo. Una ventana elegida, porque ya existe una perspectiva notable desde la que uno elige mirar la realidad con confianza.

A.G: Ese apoyo lo encontré en Gabriel Celaya. Primero porque Gabriel tenía un conocimiento muy serio de la poesía. Se tiene de él una imagen falsa cuando se le identifica sólo con la poesía superficial, panfletaria, social. Gabriel era un gran ensayista. Sus libros de ensayo, sus trabajos sobre San Juan de la Cruz, o sobre Bécquer, son muy brillantes y muy profundos. Además, en algunos de sus libros, sobre todo en los de Juan de Leceta, consiguió elaborar un lenguaje urbano, tan necesario en la tradición española, que apostaba por lo coloquial, por la naturalidad, por lo irónico. En España la poesía realista se perdía en el casticismo, en lo pintoresco, en lo regional. Celaya, siguiendo quizá a Machado,

consiguió un tono coloquial urbano, adecuado para expresar los pensamientos morales del poeta. Siempre he reconocido la deuda que yo y otros poetas de mi generación tenemos con Gabriel Celaya.

L.G.M: Es la deuda que yo tengo con los poetas del 50, con tu grupo poético. Con Paco Brines, con Caballero Bonald, con Goytisolo, con Barral, y sobre todo, en mi caso, contigo y con Jaime Gil de Biedma. Algo así como la lección de Machado y de Cernuda traída a mi tiempo, o que se quedaba en las puertas de mi tiempo. Me resultaba fácil identificarla con mis calles, con mi habitación, con mi ventanilla de autobús. Es la lección que se encarna en una verdadera educación sentimental. Como siempre he tenido una clara voluntad política, y como la dictadura en sus últimos coletazos animaba de manera rotunda al compromiso político, me moví desde muy joven en un ambiente proclive a los panfletos líricos, algo que me horroriza, por su patetismo y por la estafa que supone justificar un mal poema con una buena idea. La solución contraria tampoco me tranquilizaba. Debido a la mala poesía social, hubo quien reivindicó el esteticismo más radical como único camino de calidad poética, renunciando a una parte muy importante de la poesía moderna. La necesidad de unir vinculación política y amor por la buena poesía me la enseñó Alberti. Cada vez que recitaba a Garcilaso o a Góngora, se le iluminaba la cara. Rafael contagiaba amor por la poesía, aunque su militancia estuviese fuera de toda duda. Sin embargo, el modo personal de vivir ese amor y ese compromiso lo encontré en vosotros, unos excelentes hermanos mayores. La poesía política convertida en conciencia crítica y en indagación de la propia educación sentimental, de la propia elaboración de los sentimientos, de la propia experiencia histórica que se enreda en la subjetividad. Y una palabra empeñada en crear sentido a ras de piel, alejada de cualquier dogmatismo esencial. En una cultura oficial del sacrificio y la culpa, invitabais a la felicidad y a la vida.

A.G: Bueno, me temo que quieres decir que también has heredado de nosotros el gusto por las copas y por las noches...

L.G.M: Pues vamos a llenar. ¿Por quién brindamos?

A.G: Por Machado, y por Juan Ramón, y por Lorca, y por Alberti, y por Jaime...

L.G.M: Y por Neruda y por Borges.

A.G : Y por César Vallejo.

L.G.M: Y por ti ☺